

Oasis prohibidos

*De Pekín a Cachemira. Una mujer
a través de Asia Central en 1935*

ELLA MAILLART

PRÓLOGO DE NICOLAS BOUVIER

TRADUCCIÓN DE
MANUEL SERRAT CRESPO



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



ELLA MAILLART

GINEBRA, 1903
CHANDOLIN, 1997

Escritora, viajera, fotógrafa y etnógrafa. Fue una de las personalidades femeninas más destacadas de la literatura viajera del siglo XX. Desde temprana edad, alentada por sus padres, logró destacar en el deporte de vela y representó a su país en los Juegos Olímpicos de 1924.

Muy joven se trasladó a vivir a Inglaterra, Francia y Berlín, ejerciendo las más pintorescas profesiones. En esta última ciudad trabó relación con emigrados rusos, y a los 26 años viajó a la URSS para observar lo que se escondía tras el régimen comunista, una aventura que fue apoyada económicamente por la viuda de Jack London.

En Moscú se unió a un grupo de jóvenes deportistas para viajar a Svanetia, la región norte de Georgia, para lo cual debían franquear el macizo central del Cáucaso a pie por el valle de Baksan y el paso Betcho. Este fue el comienzo de sus cinco largos viajes por Asia, como el que realizó al Turquestán soviético atravesando Kirguizistán y las montañas Tien Shan. En compañía del periodista Peter Fleming realizó el largo trayecto, relatado en este libro, desde China a Cachemira atravesando el Koko Nor, la meseta Tsaidam, y Sinkiang. Junto a la escritora Annemarie Schwarzenbach viajó durante seis meses en automóvil hasta Kabul, y esas anécdotas fueron publicadas en *El camino cruel* (La Línea del Horizonte, 2015).



Oasis prohibidos

De Pekín a Cachemira.

Una mujer a través de Asia Central en 1935

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título original: *Oasis interdites: De Pékin au Cachemire. Une femme à travers l'Asie centrale en 1935, 1937*

Título de esta edición: *Oasis prohibidos. De Pekín a Cachemira. Una mujer a través de Asia Central en 1935*

© Éditions Payot & Rivages, 1994

© de la traducción del francés: Manuel Serrat Crespo, 1999

© de esta edición: Festina Lente Ediciones S.L.U., 2021

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2021

Publicado por La Línea del Horizonte Ediciones

C/ Mesón de Paredes, 73 | 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

Directora editorial: Pilar Rubio Remiro

Coordinador editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Christian Cruz

Diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

© Fotografía de cubierta: Photo 12 Collection / Alamy Banque D'Images

Depósito Legal: M-28997-2021 | ISBN: 978-84-17594-90-9 | THEMA: WTL, 1FC, 1FPC

Imprime: Cofás | Impreso en España | *Printed in Spain*

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

OASIS PROHIBIDOS

DE PEKÍN A CACHEMIRA.
UNA MUJER A TRAVÉS
DE ASIA CENTRAL EN 1935

-

ELLA MAILLART

-

PRÓLOGO DE NICOLAS BOUVIER

-

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE MANUEL SERRAT CRESPO

-

COLECCIÓN
FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS
Nº 20

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ÍNDICE

PRÓLOGO. ELLA MAILLART Y CHINA CENTRAL	(11)
PRIMERA PARTE	(19)
1. Pekín	(21)
2. La China interior	(34)
3. Xi'an-Fu	(41)
4. En camión	(48)
5. Primeras dificultades con las autoridades	(55)
6. ¡Viva la libertad!	(61)
7. Impaciencia en Xining, la última ciudad	(69)
8. Kumbum	(77)
9. <i>Far west</i> chino	(83)
10. La caravana hacia el oeste	(92)
11. Con el príncipe de Dzun en el Koko Nor	(97)
12. Vida de la caravana	(104)
13. País de los tangutes	(113)
14. Entrada en Tsaidam	(118)
15. Las casas del fin del mundo	(123)
16. El campamento de los tamariscos	(128)
17. Monotonía	(135)
SEGUNDA PARTE. LO IMPREVISTO	(147)
1. En casa de Borodichin	(149)
2. La pista perdida	(158)

3. Los hombres del fin del mundo	(167)
4. La caravana en peligro	(173)
5. ¡Adam Djok! ¿Adam Bar?	(182)
6. Celebridades en Cherchen	(195)
7. A través del desierto de Taklamakán	(203)
8. Lujo en Kerya	(214)
9. Sinkiang	(221)
10. Jotán, capital de la Zungaria	(238)
11. Bajo el signo de los <i>po t'ai</i>	(249)
12. En Kashgaria	(258)
13. La ciudad de nuestros sueños	(267)
14. En Pamir	(279)
15. Adiós a China	(287)
16. Las Indias	(295)
17. Los últimos ocho días	(309)
Glosario de palabras chinas, tibetanas o turkis	(315)

PRIMERA PARTE

1

PEKÍN

Enero de 1935: Pekín, día de fuerte viento del oeste que empuja ante sí un muro opaco de arena amarilla. Voy en busca de informaciones que, en principio, no son alentadoras.

En el Instituto Geológico de China, el padre Teilhard de Chardin, que cruzó Asia en 1931 con la misión Citroën, solo puede confirmar mis temores.

Sichuan, asolado por la guerra civil, es inaccesible, y el Turquestán chino es más «tabú» que nunca. Imposible obtener un visado para entrar en él, y si lo hiciera fraudulentamente, por la ruta de las caravanas, me vería inevitablemente rechazada hacia la costa, como tantos otros.

Por lo demás, los escasos europeos que están en Urumchi, capital de la provincia, no pueden salir pese a todos los esfuerzos de sus legaciones; el gobierno local siente un maligno placer manteniendo bajo llave a los escasos alemanes o suecos que acudieron allí por sus negocios. La propia expedición Citroën pudo considerarse afortunada al permanecer secuestrada solo tres meses, gracias a los magníficos regalos ofrecidos, por aquel entonces, al gobernador Chin Dju Jen.

En lo que se refiere a *sir* Aurel Stein, príncipe de la arqueología en Asia Central, se había visto obligado a salir del Turquestán en 1931 y no podía regresar a él. Incluso el célebre Sven Hedin, el hábil sueco, acaba de verse las caras con los dirigentes de la provincia. Había partido por cuenta del Gobierno chino, deseoso de crear carreteras para automóviles, y gracias a ese expediente había podido proseguir sus estudios sobre Asia Central. Finalmente, el italiano Orlandini, tras haber pasado un año en China, acaba de ser expulsado de la frontera de

Sinkiang (denominación china del Turquestán); ha cubierto grandes distancias en bicicleta, medio ideal para circular por Asia Central, y cuenta una curiosa historia según la cual intentaron envenenarle en Mongolia Interior tomándole por espía.

Un joven alemán, constructor de carreteras, ha llegado también últimamente a Pekín. Gracias a algunas marchas forzadas, tras varias tentativas ha escapado de Urumchi por una apartada pista, pero se niega a hablar hasta que dos de sus compañeros hayan conseguido abandonar aquel presidio.

Y desde hace mucho tiempo estamos sin noticias del joven Hanneken, probablemente muerto durante su expedición al sur de Kumul, en Sinkiang.

¿Por qué esta provincia está rodeada por semejante muralla china? He sabido que, una vez más, era una cuestión de prestigio. Los dirigentes de Nankín afirman gobernar Sinkiang —que significa «Nueva Frontera»— y no quieren que pueda comprobarse, sobre el terreno, la nulidad de su poder. Por otra parte, rechazando la responsabilidad de raptos o asesinatos, siempre posibles en estas lejanas regiones, prefieren prohibir a los extranjeros cualquier viaje por las provincias interiores. Por lo demás, el gobernador de Sinkiang tampoco quiere mostrar cómo reina sobre una provincia china, burlándose de las órdenes de la metrópoli. La política de los hombres, mucho más que las dificultades propias del viaje, hace inaccesibles esas regiones.

Conclusión: nadie sabe lo que ocurre desde hace cuatro años en Sinkiang, esa inmensa provincia que limita con el Tíbet, las Indias, Afganistán y la URSS, y donde los intereses de estos países están en sorda y constante lucha.

Cada vez se imponía más a mis deseos una expedición a esas regiones y comenzaba a advertir el principio de realización: era preciso evitar, ante todo, las rutas

conocidas, donde sin duda alguna te rechazarían. Había que plantarse de improviso en Sinkiang por un punto donde no hubiera todavía órdenes referentes a los extranjeros, llegar luego rápidamente a Kashgar, al norte del Pamir, y ponerse bajo la protección del cónsul inglés para evitar ser tratada de espía, como todos los extranjeros, y detenida.

Las grandes extensiones desiertas de Tsaidam, al norte del Tíbet, tal vez puedan proporcionarme una vía de acceso poco frecuentada.

NOTICIAS DE TSAIDAM

Conocí entonces a un joven geólogo que trabajaba también en el instituto. Por cuenta de Sven Hedin, Erik Norin había recorrido la cuenca del Tarim y el norte del Tíbet durante varios años.

Se hallaba en los oasis sur de Sinkiang cuando unos fanáticos musulmanes se levantaron, sembrando a su paso la guerra santa y el odio al extranjero, obligando a todo el mundo a abrazar el islam. Forzado a huir evitando las rutas conocidas, Norin alcanzó, a 3000 metros de altura, la inmensa altiplanicie de Tsaidam. Un mes más tarde llegaba a la ciudad de Xining, junto a Koko Nor², gran lago salado sin desagüe y, al mismo tiempo, la ruta de China.

En Tsaidam, decía, se encuentran manantiales cada noche. Por pocos francos se pueden alquilar camellos. Se paga al guía con una pieza de tela o con té en pastilla.

Calculando con generosidad, necesitaré seis meses para llegar a Kashgar. La nieve fresca solo cierra los pasos del Himalaya en el mes de octubre. Estamos en enero: tengo que partir antes de un mes si quiero evitar la invernada en Kashgaria, me dije enseguida.

Pero solo he tomado ocho lecciones de chino y me sería duro viajar. Entonces, Erik Norin me indica la existencia de una pareja rusa que había tenido que huir de

2 N. de la E.: El lago Koko Nor le da también el nombre a la región.

Tsaidam al mismo tiempo que él. Los Smigunoff, que desean regresar con los mongoles, con quienes han vivido, me servirían de guías e intérpretes en chino, mongol, tibetano y turki. Les escribiría enseguida para decirles que se pusieran en contacto conmigo.

El destino parecía haberlo previsto todo. Entonces Pekín, aunque me había interesado bastante, quedó en segundo plano en mis pensamientos. La capital desposeída, la ciudad incomparable podía temblar ante el avance tentacular de los japoneses; o desearlo... Mis amigos podían descubrir maravillas artísticas, reliquias de grandes dinastías del pasado... Las legaciones podían trasladarse hacia Nankín... Ya nada me importaba: en mí todo se volvía hacia Asia Central.

MISTERIO EN EL TURQUESTÁN

Antaño todas las informaciones referentes al Turquestán llegaban a Pekín desde Urumchi a tres meses de caravana. Pero todo ha cambiado, las carreteras están cerradas y solo consigo una documentación vaga y contradictoria. ¿Quiénes se enfrentan allí? ¿Quién es el amo? ¿Quién fomenta los disturbios? ¿Son los chinos o los soviéticos, que intentan extender su protectorado a esas inmensas regiones que China es incapaz de gobernar? ¿Son los turkis fanáticos, tal vez a sueldo de Inglaterra, o los dunganés³ insurrectos, a las órdenes del joven y terrible Ma Djun Ying? ¿Y dónde ha desaparecido este, tras haber asolado la región? ¿Realmente es creíble que sus hombres sean apoyados por una liga panislámica japonesa? No hay respuesta a todas estas preguntas. Solo una cosa es segura: el gobernador que recibió a la misión Citroën ha sido derribado y encarcelado... Y la propia capital estuvo a punto de caer en manos de los rebeldes.

3 Chinos musulmanes.

En el pequeño bar del Hotel del Norte, donde rumiaba mis proyectos, conocí a un sueco, vestido de cuero y tocado de pieles, que hablaba chino y alemán. Él y sus compañeros trasegaban litros de cerveza antes de salir hacia el interior, donde esta bebida no puede encontrarse. Pasado Xi'an, término de la vía férrea, Tannberg se pondría a la cabeza de cinco camiones; una vez más, moderno Jasón, aseguraba ser el único que podía traer, tras semanas de búsqueda, no ya el toisón de oro, sino un rico cargamento de tripas compradas por una compañía americana e inmovilizado en alguna parte por la guerra.⁴

Tannberg hablaba de los oasis de Gansu como si estuviera en los arrabales de Pekín.

—Es una lástima que nunca lleve mujeres —dijo al separarse de mí—. Pero encontrará otros camiones para llegar a Lanzhou. Y si quiere evitarse canas, salga de Xi'an con Popzoff y rechace los chóferes chinos... ¡Ah!, y que Nankín ignore, sobre todo, sus proyectos; o cuidado con las jugarretas.

Mi plan iba concretándose así: me dirigiría a Xi'an como Tannberg y luego a Tsaidam. Desde allí, gracias a los Smigunoff, estudiaría el medio de llegar a Kashgar.

Comuniqué lo que había sabido a Peter Fleming, joven escritor que el *Times* había contratado, a precio de oro, para hacer una investigación en Manchukuo. Fleming era un gran viajero: había atravesado Brasil en las más singulares circunstancias y hacía dos años había recorrido la China del sur persiguiendo a los comunistas.

Había proyectado volver de Pekín a Europa por Mongolia y Urumchi, inspirado en parte por el admirable libro de Owen Lattimore;⁵ el último extranjero que, en

4 Grandes cantidades de tripas de cordero, así exportadas, sirven para hacer embutido.

5 *The desert Road to Turkestan*.

1927, había conseguido pasar de China a las Indias. Pero al llegar a Pekín tras haber visitado Shanghái y Tokio, acababa de advertir que su itinerario era irrealizable. Al oírme hablar de Tsaidam y de los Smigunoff, me dijo fríamente:

—En efecto, por ahí regreso yo a Europa. Si lo desea, puede venir conmigo...

—Perdón —respondí—, ese es mi itinerario, y soy yo quien va a llevarle si me resulta ventajoso.

¡La controversia sigue todavía!

Seis meses antes, en Londres, buscando informaciones sobre China, había conocido a Peter Fleming. Me había aconsejado llevar centenares de tarjetas de visita y papel de cartas con un membrete llamativo, muy útil cuando es preciso escribir a las autoridades de alguna aldea.

Luego nos encontramos en Jarbín. Fleming, que llegaba de Vladivostok, estaba de un humor de todos los diablos porque no había conseguido cazar el tigre siberiano que el Inturist le había prometido: le habían paseado en vano durante seis días por unas aldeas en las que nadie supo proporcionarle ese pasatiempo.

En Manchukuo, ejerciendo ambos nuestro oficio de enviados especiales, las mismas cuestiones habían despertado nuestro interés, y puesto que los japoneses nos habían dado las mismas cartas de presentación, habíamos unido nuestros esfuerzos para estudiar, entre otras cosas, la situación de los mongoles de Barga. Aprecié la brillante inteligencia de Peter, su facultad para comer cualquier cosa y dormir en cualquier lugar, la seguridad con que captaba el embrollo de una situación, lo esencial de un argumento. Aprecié aún más su horror ante cualquier deformación de los hechos, la objetividad innata con que los plasmaba. Sabía también que Fleming no aguantaría mis desafinadas canciones ni mi primitiva

cocina. Sabía, por fin, que yo no me mostraría intransigente con ninguna de las tres cuestiones que podían turbar su tranquilidad: su pipa, la caza y sus opiniones sobre el arte dramático.

Pero ¿nos entenderíamos a la larga? Recordaba yo que, tras haber viajado con él por Manchuria, me había alegrado la posibilidad de partir sola a descubrir el mundo. Y Peter me advertía de que lo afectado de su voz, su lánguido acento de Oxford, casi había vuelto loco a su último compañero de viaje. Le puse en guardia contra mi malhumor, que había exasperado a mis compañeros de crucero a bordo de distintos veleros.

Tuvimos que prescindir de esas dudas.

Una vacilación más grave aún afectaba nuestros planes. Peter quería viajar con la mayor rapidez posible, pues varias obligaciones le llamaban a Inglaterra, y yo quería vagar, como de costumbre, como si tuviera ante mí la eternidad.

Tuvimos que dejar que los acontecimientos decidieran.

Así pues, fijamos la partida.

Compartiríamos los gastos de viaje de los Smigunoff y, eventualmente, las molestias de la prisión. Mi conocimiento del ruso, mayor que el de Peter, ayudaría en las relaciones con nuestros guías, que no sabían ninguna lengua europea; en cambio, si llegáramos a Kashgar para penetrar en las Indias por el Himalaya, yo obtendría muchas ventajas viajando con un inglés.

Algo acabó de decidirme, finalmente: por lo que sabía de su vida, Peter había nacido bajo una buena estrella.

PREPARATIVOS

Los Smig (como íbamos a llamarles) llegaron sin tardanza de Tianjin. Hecha una bola, con grandes ojos grises,

Nina era encantadora; hija del médico ruso de Urumchi, verdadera muchacha de la estepa, había vivido siempre en Asia Central, sabía hacer pan, cuidar caballos, incluso fabricar una tienda, pues había pasado muchos meses entre los kirguizes, cuya lengua hablaba bien.

Él, Stefan, antiguo cosaco, se había refugiado en Turquestán tras la retirada de Annenkof. Tras haber vivido más de cinco años en Tsaidam, había recorrido centenares de kilómetros para reunir la lana y las pieles que exportaba. Le alegraba recuperar la vida que tanto amaba. Para convencerme de que era el mejor de los guías, ponía de manifiesto todo lo que sabía e inflamaba mi imaginación. Sus ojos amarillos brillaban al evocar los desconocidos valles del Tíbet, donde cazaba el yak salvaje; conocía ríos ricos en oro al pie de abrumadores macizos de nieve y hielo; incluso hablaba de fabricar esquís si deseábamos hacer un ascenso; era amigo de los mongoles y conocía todas sus leyendas, contadas por la noche alrededor de un fuego de *argol*.⁶ Apenas vacilante, incluso ofrecía llevarnos hasta las puertas de Lhasa si nos enterábamos de que la guerra civil nos cerraba la ruta del oeste.

Pero fue preciso interrumpir aquella palpitante conversación para establecer la lista de los géneros y objetos que no íbamos a encontrar en las provincias del interior: café, cacao, confituras, chocolate, curry, macarrones, *porridge*, mostaza, sin olvidar seis buenas botellas de coñac para cuando hiciera mucho frío, o cuando nuestra moral estuviera muy baja... y cuatro enormes cajas de tabaco para las pipas de los caballeros.

En lo que se refiere a nuestro campamento y nuestra ropa, teníamos ya sacos de dormir, gorros de piel, prendas de gruesa lana y grandes abrigos de invierno;

6 Estiércol o cagarrutas secas, único combustible de las regiones sin árboles.

compré además una chaqueta de cuero, muy útil contra los desenfrenados vientos de Asia Central, y unas sólidas botas para chapotear en las marismas de Tsaidam.

Entre todos esos preparativos, Smig anunciaba con calma ciertas recomendaciones que me dejaban boquiabierta: «Necesitamos unas gafas fuertes para proteger los ojos de los guijarros que levanta el viento». O también, cuando hablábamos de explorar el auténtico Tíbet, añadía: «Tendría que llevar encima un revólver, porque los osos son tan curiosos que a menudo, por la mañana, nos impiden salir de la tienda».

De modo que cada día, en el patio de la legación de Francia, provista de un colt, decapitaba una docena de botellas vacías.

En lo que se refiere a los medicamentos, además de la valeriana, que tranquiliza los nervios; la tintura de Amara, que combate el mal de altura; y la digital, que refuerza el corazón, observó: «No olvidemos el mentol, para que respiren los caballos agotados cuando trepen por un paso de montaña».

No me atrevía a extrañarme de nada, pues le había dicho, para tranquilizar eventualmente sus aprensiones, que conocía bien Asia Central por haber vivido con los kirguizes de las Montañas Celestes.

Teníamos que pensar también en los regalos para los jefes de tribu, de quienes a menudo dependería nuestra suerte. Habíamos previsto gemelos y telescopios comprados en los mercadillos de Pekín, linternas eléctricas y navajas, plumas con depósito para los lamas doctos, collares, barajas de naipes y bombones.

CRÍA DE PIOJOS

Me encargué también de nuestra salud. Puesto que la mugre no me había desdeñado en mis vagabundeos manchúes —y por los piojos se transmite el tifus— no

quería verme a merced de algún parásito en esa China donde tal vez permaneciese más tiempo de lo que creía.

Desde hace dos años los misioneros están inmunizados contra el tifus exantemático gracias a una nueva vacuna, que solo se fabrica en Pekín.

Antes de que el doctor Chan me inyectara, por tres veces, unos cuatro o cinco millardos de gérmenes proporcionados por unos 200 piojos, pude visitar el laboratorio de la universidad de Fu Jen. Me costó mucho llevar a Peter, que afirmaba que un piojo nunca se atrevería a emprenderla con su piel de «duro». Le hice observar que, si se ponía enfermo, yo debería cuidarle, y que, por lo tanto, me debía obediencia en ese punto.

Esta vacuna de Weigl se obtiene según un procedimiento tan curioso que le dedicaré unas palabras. Se inyecta a un cobayo la sangre de un enfermo de tifus. Al cabo de quince días, cuando el cobayo está muy enfermo, le anestesian, le abren el cráneo y toman la materia cerebral, virulenta en grado sumo.

Luego se transmite la enfermedad a unos piojos para poder fabricar una vacuna útil al hombre, y para eso el laboratorio de Pekín posee un criadero de insectos único en el mundo.

Para alimentar a los piojos, algunos chinos curados del tifus, y por ello inmunizados, van dos veces al día a servirles de pasto. Durante media hora los piojos chupan la sangre que necesitan. Cada hombre alimenta a doscientos con sus piernas, distribuidos en cajitas, uno de cuyos costados, enrejado, se apoya en la piel. En esas cajas, sobre un trapo, están los huevos, que se recogen para tener nidadas de la misma edad. «Los alimentadores de piojos —escribe el padre Rutten— suelen ser mendigos harapientos; se sienten hoy agradablemente sorprendidos cuando les pagan por alimentar parásitos

a quienes habían albergado, gratuitamente, a cualquier hora del día y de la noche».

Cuando los piojos tienen diez días, ha llegado el momento de contaminarlos: por medio de una cánula se les inyecta en el intestino un poco de la materia cerebral del cobayo tífico; algunos días más tarde los microbios pululan. Entonces, por medio del escalpelo, se diseccionan los piojos. Su intestino se coloca en agua fénica; el líquido es machacado, clarificado, mantenido a 70 grados durante media hora... y la vacuna está lista.

Pero volvamos a nuestro viaje. Teníamos que ocuparnos aún de las armas, el dinero y los pasaportes.

Peter consiguió que le enviaran desde Shanghái, por medio de un amigo, una pequeña carabina 22 BSA. A causa de un descarrilamiento, el arma no llegó hasta el día de nuestra partida, lo que no impidió que mi compañero obtuviera, en un tiempo récord, el necesario permiso de caza. Para asegurar nuestro avituallamiento llevaba también una carabina Winchester 44. Para no tener que transportar pesados dólares mexicanos (moneda china) en tren y en camión, Fleming consiguió del director de correos un cheque contra la oficina de Xining, última ciudad antes de las deshabitadas regiones del Koko Nor. ¿Qué haríamos luego? No lo sabíamos. Según Owen Lattimore, los mercaderes hindúes de Jotán, incapaces de exportar su fortuna, aceptan de buena gana un cheque pagadero en las Indias. Sin embargo, en el último momento, pensando en el Himalaya, compré diez libras esterlinas para no llegar a las Indias con las manos vacías...

En principio, solo los pasaportes visados por Nankín son válidos, pero deseando pasar inadvertidos, dado el carácter clandestino de nuestro viaje, prescindimos de esta gestión. Durante los interrogatorios que nos esperaban, siempre podríamos mostrar

los salvoconductos que las legaciones extienden a sus viajeros.

En la legación de Francia, cuando me preguntaron el nombre de las provincias que debían mencionarse, me limité a pedir, con aire despreocupado, que incluyeran tantas como fuera posible. Y cuál no sería mi sorpresa al descubrir que habían incluido Sinkiang, nombre chino de la provincia prohibida de Turquestán. Tal vez eso me permitiera algún día defender mi derecho con una argumentación... muy china.

Por lo que a Fleming se refiere, ¿estaría su legación más al corriente de las prohibiciones?, lo ignoro, pero en su papel habían omitido Sinkiang.

—Querido —le dije riendo—, preveo una jornada muy triste cuando me vea obligada a abandonarle en el camino, al no permitirle proseguir su pasaporte.

Por lo que a los Smigunoff se refiere, creíamos que todo estaba en regla: no solo habían vivido ya allí, además eran súbditos chinos desde que se había aceptado, hacía algunos años, su demanda de naturalización en Urumchi.

Llegó, de pronto, la noche de la partida. Por la tarde fui a despedirme de los palacios imperiales, maravillas de la Ciudad Prohibida, a despedirme para siempre y no hasta la vista, pues un regreso a Pekín solo podía significar un fracaso en el que no debíamos pensar. Estoy a punto de volver la espalda a la civilización y todo lo que comporta de tesoros artísticos, refinamiento y comodidad: camas, bañera, periódicos llenos del mundo entero, sillones, correspondencia personal, fruta, cirujanos, ropa limpia y medias finas. Parto hacia la Edad Media e incluso hacia la edad del bronce.

Un taxi, cargado con nuestro equipaje, no quiere ponerse en marcha —enojoso presagio— y los cuatro

empujamos con todas nuestras fuerzas. Estoy hecha polvo, con un resfriado acompañado de fiebre —¿serán consecuencias de la vacuna?—, pero es preciso sonreír y dar las gracias a nuestros amigos, que han venido a la estación a las once de la noche, a pesar del viento que silba en los cornudos techos de la ciudad.

Allí está Norin, trayéndome su brújula líquida, que yo acepto agradecida; había intentado en vano que nos lleváramos un altímetro de ebullición, un teodolito y qué sé yo. Es una lástima que seamos incapaces de realizar observaciones científicas y daría lo que fuese por marcharse con nosotros.

Nuestros amigos han abandonado, por unos momentos, un baile de disfraces y su atavío de apaches alegre el apagado andén de la estación. Abundan las bromas: comentamos que el último libro de Peter se titula *One's Company* y el mío, en inglés, *Turkestan Solo* y ahora nos marchamos juntos, contra todos nuestros principios.

Pero la actividad de mi compatriota Bosshard me lleva a otras consideraciones: reportero de periódico ilustrado, no deja de fotografiarnos con magnesio. Tal vez sea la última vez que nos ve. Algunos extranjeros aventureros desaparecen, a veces, tras haber salido de las grandes ciudades costeras... Partimos, según decimos, para cazar y fotografiar en Koko Nor. Hemos partido ya.

Empieza una vida nueva.

2

LA CHINA INTERIOR

A la hora de partir, cada uno de nosotros hacía balance del viaje. Peter me dijo que podíamos sentirnos orgullosos si alguna vez pisábamos el suelo de las Indias. Pero el objetivo nos parecía tan quimérico que lo callamos en nuestras conversaciones hasta la frontera del Turquestán. De momento, teníamos que llegar a Zhengzhou y luego a Xi'an, en tren; luego a Lanzhou en camión, luego a Xining a lomos de mula; luego, al azar de las caravanas, la yurta de los Smigunoff en el centro del Tsaidam. Más allá de esa etapa todo era difuso. Nada racional debe preverse en China, donde el proverbio dice: el señor Quizás se ha casado con la señora Despacio y su hijo se llama Ir Tirando.

Por la noche cruzamos el río Amarillo: si todo va bien, volveremos a ver más arriba este río de 4500 kilómetros de largo, cuyas inundaciones y cambios de curso arruinan a millones de seres humanos. Pero de momento estamos en Zhengzhou. En el andén, ordenamos a los *coolies* que llevan nuestro equipaje al expreso de Xi'an. Solo tenemos unos minutos de descanso. Y los muy bribones no quieren comprender y nos arrastran hacia la salida: desde lo alto de la pasarela, vemos que nuestro tren se pone en marcha sin nosotros.

Nuestros chinos, que deben estar conchabados, con el posadero, están encantados y enseguida nos recomiendan un hotel cercano. Pero Peter detesta esperar y no vamos a hacerles el juego: decidimos partir por la noche, en el tren ómnibus.

Smigunoff maldice. Hasta el momento, Peter le ha dejado actuar. Ahora, sentado sobre nuestro equipaje, entre viento y oscuridad, razona:

—Smig no sabe tratar a los chinos... Se enoja, y así nunca se obtiene lo que se desea de ellos. Deberíamos estar bebiendo un té con el jefe de estación, recibidos con todos los honores debidos a nobles extranjeros.

Y yo me acuerdo de Rusia. Estamos agachados allí, sobre nuestros paquetes, a la rusa, como simples viajeros soviéticos en el otro extremo del continente.

A Smig debe de parecerle muy natural. En China, los blancos han «quedado mal» desde el caos, desde que la guerra rompió la solidaridad europea... y cada día quedan peor. No nos temen, nos toman el pelo; ¿qué hacer entonces en un país donde la gente prefiere morir a «quedar mal»?

TERCERA CLASE CHINA

Pasa un tren, espera... El siguiente, que parece más bien un tren de mercancías, es el nuestro. Se diría que los vagones van atestados, pero, encaramándose, Peter descubre un rincón, encuentra el modo de hacer reír a aquellos a quienes molesta —¿deben creerse las escasas palabras inteligibles de su chino?— y le pasamos el equipaje.

Ese vagón de tercera tiene cuatro bancos colocados longitudinalmente, dos contra las paredes y dos en medio, espalda contra espalda. Fatigada, duermo hasta la mañana hecha un ovillo.

Por encima de mí hay una pequeña ventana de corredera, como una taquilla, y arrodillada, veo el paisaje. En un intenso contraste, la tierra de los campos, color chocolate, deja surgir los brotes de un profundo verde azulado.

Parada en Luoyang, hermoso nombre de una antigua capital de China; pero sus ruinas no son para nosotros, pues a quienes desean llegar lejos no les sobra el tiempo. En el andén de la estación, China sigue muy

viva; moño, cara de luna llena bronceada por el aire libre, una mujer con pantalones avanza a rígidos pasitos con sus minúsculos pies triangulares; tras ella, el viento hace flotar las vestiduras superpuestas de un hombre con un pequeño casquete de satén negro.

Estamos en la provincia de Henan, muy lejos ya de la inmensidad de las llanuras manchúes. El suelo se levanta en peldaños. En la base de cada escalón se abren las miserables viviendas de los campesinos, de donde escapa el humo del hogar, ennegreciendo el acantilado por encima de la puerta.

De vez en cuando, una sensación de inquietud interrumpe mi contemplación. En cada estación, vemos trenes llenos de soldados, vestidos de tela gris acolchada, con el sol «kuomintang» en sus gorras. Son los hombres del gobierno de Nankín. Sentados en los vagones, comen su arroz, y uno de ellos incluso se lava los pies en una jofaina. En el andén, la población masculina les observa, pasiva. Algunos espectadores, para protegerse de los sabañones, se cubren las orejas con bolsas de satén forradas de piel.

Se vaya adonde se vaya, la guerra es inminente en todas partes... En pleno corazón de la China pacifista, donde hasta hoy el oficio del soldado era considerado como el más vil. La guerra moderna, la necesidad de armarse, de militarizar un país para que pueda defender su independencia, ese es el regalo que Occidente habrá hecho a Extremo Oriente. Para unificar a 400 millones de apacibles chinos, para poder militarizarles con eficacia, hay que sembrar el odio a una nación vecina, única palanca lo bastante poderosa... ¡Hermoso progreso!

¿Corremos hacia la guerra?, nos preguntamos con ansiedad. ¿Estará cerrada la carretera ante nosotros? ¿Los comunistas chinos, dueños de Sichuan, muy hacia el sur, habrán llegado acaso hasta aquí?

Pero ¿cómo saber nada de nada? ¿Quién puede informarnos? ¡Ah!, íbamos a hacernos esta pregunta día tras día, durante meses.

En nuestro vagón, donde vamos casi setenta, viajan dos soldados con sus jofainas y sus sombreros cónicos de paja aceitada.

—Vamos a combatir a los *tu-fe* —nos responden.

Pero sabemos lo mismo que antes, *tu-fe* significa pirata y puede aplicarse a todo el mundo.

Una diversión por fin: el revisor ha abierto la puerta ante dos desarrapados sorprendidos en plena marcha, agarrados al vagón. Hirsutos, con la ropa hecha jirones, las manos negras, unos ojos despiertos brillando en su rostro mugriento, es la segunda vez que les agarran hoy. Como un perro apaleado, el más joven mordisqueea el tallo de una caña de azúcar y todo el mundo le mira con simpatía. Paternal, el revisor le suelta una reprimenda haciendo reír a todo el vagón, y creo que el incidente ha terminado... Pero no, la lección continúa: hay que vivir según los preceptos de la «Nueva Vida», ir limpio, someterse a los reglamentos... y los muchachos acaban pagando una especie de multa.

Los dos chiquillos son hermanos gemelos de los *bezprizorni* rusos. Además, también todos esos chinos amontonados en ese vagón evocan Rusia: tienen sobre sus cabezas, en la red, sus bultos atados con cordel y su enrollada yacija, y a cada parada, envolviéndose en sus pañolones de punto, recorren el andén en busca de alimento, de humeantes *pao-tze*, una especie de raviolis hervidos que recuerdan los *pelmenie* del campesino ruso.

Nuestros compañeros chinos, masa anónima en la que no distingo a nadie, nos toman por misioneros. Actualmente son los únicos extranjeros que se dirigen al interior.

Pero quedamos bloqueados en Dongguan. Sorpresa, el jefe de estación habla francés:

—El próximo tren directo hacia Xi'an no sale hasta mañana por la tarde.

Y es que la línea de Lung Hai fue construida por ingenieros franceses.

Atravesando la muchedumbre, nuestro *pousse-pousse* nos lleva hacia la ciudad vieja, encerrada en una muralla cuadrada por encima del río Amarillo. La monumental puerta en zigzag está coronada por una casa fortificada de cinco pisos, donde el cielo aparece a través de las hileras de ventanas vacías.

DONGGUAN

En el albergue China Inland Travel, de estilo europeo, un portero con gorra digna del señor Thomas Cook ni siquiera sabe resolver nuestras diferencias con los *coolies*. Las pequeñas camas metálicas tienen somieres destrozados y la estufa de hierro proporciona un calor ilusorio.

Peter, para ganar tiempo, tomará el primer tren ómnibus hacia Xi'an y visitará al doctor de la Baptist Mission, de modo que cuando lleguemos sepamos dónde alojarnos.

Voy a pasear. En la ribera del gran río amarillento que arrastra témpanos de hielo, los juncos levantan un bosque de mástiles hacia el cielo incoloro. Mis instintos de marino despiertan, quisiera tocar un junco, ver cómo está construido. Para atravesar la inmensa playa que me separa de ellos, me dispongo a seguir las huellas de pies desnudos... pero al primer paso me hundo hasta la pantorrilla en un limo blando y azulado. Me cuesta salir de allí, con el corazón palpitante y las botas llenas de barro. El deshielo es, sin duda, la causa de esta broma...

En la calle mayor, donde cada cual trabaja en su oficio, en puestos al aire libre, casi podría creerme en

un burgo de la vieja Francia, si no fuera por los arqueados tejados y, a veces, algún león de piedra, dios del hogar, junto a un umbral miserable... o también por el porteador cargado con la larga pértiga que se dobla a cada paso, arco cuyos extremos apuntan hacia el cielo.

Las mujeres tienen hermosos rostros regulares y envuelven su cabeza en un crespón negro de cadeneta. Van todas en la misma dirección, y las sigo.

La visión de sus pies mutilados, como muñones puntiagudos que golpean el suelo con un ruido sordo, me oprime el corazón; cuando caminan, sus rodillas parecen carecer de articulaciones: grotesca imitación de bailarinas moviéndose sobre las puntas.

Debe de ser día festivo, pues todas llevan un paquete de bastoncillos de incienso en la mano. Pese a los adoquines redondos que erizan el empinado sendero, se apresuran hacia dos pequeños templos que dominan la ciudad.

Qué lejos me siento, ya arriba, de todo lo que conozco. Un pequeño sacerdote desdentado, vistiendo un amplio y mugriento quimono negro, admira desde su terraza el horizonte montañoso y la muralla almenada que festonea las colinas. Su moño desaparece bajo la superficie inclinada que corona su gorra. Me invita a la pequeña estancia contigua a la capilla de sus dorados budas; el *k'ang* (plataforma elevada que sirve de cama), una mesa y dos sillas por todo amueblamiento; una tela sirve de puerta; en la pared están pegados fragmentos de papel rojo, recuerdos de regalos recibidos, e innumerables tarjetas de visita manchadas por las moscas.

Bebemos té en compañía de un soldado melancólico que me ignora. El viejecito, por el contrario, me hace preguntas y me gustan esos instantes de simpatía recíproca que, por un momento, une nuestros destinos. Río,

incapaz de comprender sus frases, y solo puedo decirle, en su lengua, algunas palabras:

—Francesa... Sí, vengo de Pekín. Hermosa ciudad, ¿la conoce? Gracias, ya he tomado bastante té.

Luego, tras haberle dirigido un saludo de cortesía, con ambas manos unidas, le ofrezco mi tarjeta de visita, bilingüe, donde mi hombre se ha adaptado al chino en la forma de Ma Ya Ngan,⁷ y me despido reculando.

En el patio, las mujeres depositan los bastoncillos encendidos en la urna de bronce, se prosternan y oran. Hay, al abrigo, numerosos dioses con distintos atributos: el de la fecundidad lleva bajo el brazo un rosario de niños rosados.

La chiquillería se agita a su alrededor y se ven los pequeños traseros por las rendijas de los abiertos pantalones. El rostro de uno de esos risueños mocosos está tatuado; sin duda para alejar la viruela o para que los genios malos no vean qué hermoso es: parece salpicado de pastillas rojas y blancas y su gorra lleva una escarapela de pompones, de gran efecto.

Casi adormecida por el humo dulzón del incienso, olvido el tiempo que pasa volando y debo correr, con mis grandes pies, tan poco chinos, para reunirme con los Smig y no perder el tren.

7 El nombre de *Ma Ya Ngan* tiene en chino, entre otros mil significados, el de «caballo internacional de la paz».



Mañana por la mañana llegaremos a ese oasis de Cherchen que no podemos imaginar muy bien: habrá maíz, algodón y moreras, sin duda, pero no estamos seguros de que haya grandes árboles.

Oasis, una palabra encantadora, sinónimo de descanso y abundancia, pero que para nosotros significa inquietud y nuevos peligros. ¿Qué nos reserva nuestra llegada a la primera aglomeración de Sinkiang?

ELLA MAILLART

COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través
de autores y viajeros de hoy.*

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

CO#9 *Chuquiago. Deriva de La Paz*
MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

CO#10 *El ladrón de recuerdos*
Viaje por río a través de Colombia - MICHAEL JACOBS

CO#11 *Heridas del viento*
Crónicas armenias - VIRGINIA MENDOZA

CO#12 *La memoria de la Tierra*
Kimberley o el Far West australiano - RAFAEL MANRIQUE

CO#13 *Una huida imposible*
California y sus escritores - TONI MONTESINOS

CO#14 *El soñador errante*
De viaje con Pierre Loti - ÁLEX FRAILE

CO#15 *La otra Grecia* *Viajes a Salónica, Macedonia
y los Balcanes del sur* - MARTA MONEDERO

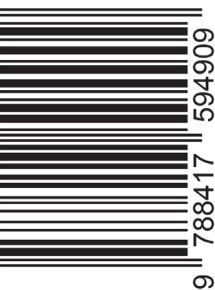
CO#16 *La naturaleza del silencio*
Nueve meses entre cien habitantes - SUSO MOURELO

CO#17 *La India en que viví*
ALEXANDRA DAVID-NÉEL

CO#18 *Las Tres Venecias*
Viajes por la Italia mitteleuropea - JORGE CANALS PIÑAS

CO#19 *Bebida para señoritas* *Crónicas caribeñas
cargadas de ron, ron, ron...* - ARANTZA PRÁDANOS

CO#20 *Oasis prohibidos* *De Pekín a Cachemira.*
Una mujer a través de Asia Central en 1935 - ELLA MAILLART



*He tenido a menudo la impresión
de hallarme en un planeta distinto y estoy,
a decir verdad, como tachada ya del resto
del mundo.*

ELLA MAILLART

La China de 1935 aún no se ha convertido en una república comunista. Desde la revolución de 1911 este país ha sido gobernado por el Kuomintang, que intenta mantener su unidad. Al este, los japoneses ocupan Manchuria; al sur, los comunistas libran una guerra de conquista, y al oeste, las poblaciones musulmanas continúan rebelándose contra el poder central. A pesar de estas pugnas internas y de la prohibición del Gobierno chino al acceso de extranjeros, la viajera Ella Maillart parte desde Pekín con la intención de atravesar China de este a oeste. Busca llegar a los oasis «prohibidos» de Sinkiang, cuna de una milenaria cultura de origen iraní, y pasar desde allí a Cachemira atravesando las montañas del Pamir y del Karakórum.

Ella Maillart recorre China de forma clandestina sorteando grandes desafíos y trabando contacto con algunos pueblos de Asia Central (mongoles, turcos, kirguises...). Es una viajera curiosa, siempre dispuesta a conocer nuevas costumbres y disfrutar de la riqueza de otras culturas. Enfrenta con paciencia y astucia las dificultades del camino mientras que nos transmite el placer de viajar por regiones remotas y aún desconocidas, sin escatimar ni el ánimo ni la frescura de su hazaña. Es el talante de una de las grandes nómadas del siglo xx, cuya filosofía del viaje se hará extensiva a otros de sus relatos.

Una historia maravillosa que testimonia una era ya desaparecida, y nos muestra que el verdadero conocimiento se obtiene dirigiendo nuestros pasos hacia lugares desconocidos con valor e inteligencia.